

SOQUETTO

ANTONIO SANTOS

Primera edición, 2016

© Antonio Santos, 2016

© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-946057-1-0



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Ilustración cubierta: José Antonio García Domínguez

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Una historia de la frontera

FRZ:

¿Por qué insistes, FERAL KID?

FERALKID:

¿Tengo algo mejor que hacer?

FRZ:

¿Con tu talento? ¡Tantas otras opciones!

FERALKID:

Ésta es mi favorita. Sí, ajá.

FRZ:

Jamás lo lograrás. Desperdicias tiempo y habilidad.

FERALKID:

Aprendo de mis errores. Cada vez llego algo más lejos. ¿Empiezo a inquietarte?

FRZ:

Consigues que dañe a tus allegados.

FERALKID:

Ya, no. Aprendí cómo protegerlos.

FRZ:

¿En serio? Toc-toc. Llaman, FERAL KID. ¡Ya están llegando!

FERALKID OFF LINE

I PAX PRAGMASOC, AÑO XVIII

Estrené mi catorce cumpleaños admirando El Monte.

Contemplando cómo su poderío tecnológico desafiaba a la mundana lógica, por primera vez sentí que la constante fuga en busca del Santuario pasaba factura.

¡Me hacía sentir remotamente maduro! Rondando la senectud.

Me dolían articulaciones y músculos; sentía ardor de estómago. Las venas, algo más estiradas. La sangre: tardaba más en irrigar mis órganos, por tanto. Obligaba, esta anormal dilatación, a bombear con mayor frenesí a mi corazón.

La calidad de mi hemoglobina: mínima-nimia. Perdió poder por el camino.

Al salir a la terraza, un siroco cargado de partículas minúsculas y fetidez me golpeó. Impuso retroceder, casi, al interior de la casa.

Catorce años. Otro cumpleaños de tensión y tristeza.

Desde el palio de sombra que la casa aún brindaba, a esa hora de la mañana (pronto sería mediodía; últimamente me acostaba demasiado tarde, y no reposaba), pude contemplar, en toda su desesperada extensión, Soguetto.

Aquí y allá se elevaban vacilantes columnas de humo ondulante de los neumáticos quemados. Vislumbré una jungla interminable de chabolas, tiendas de campaña maltrechas y edificaciones viejas y precarias. Como la nuestra.

Antaño, fueron hermosos chalets, residencias de verano, o lugares donde disfrutar el fin de semana. Intercaladas, antiguas torres de distintas plantas.

Los hermosos jardines fueron arrasados. La memoria: no alcanzaba a recordar cuándo pasó.

Soguetto

Las hileras de árboles de frondosas copas rumorosas fueron taladas por esa época, perdida en el ayer.

Los chalets empezaron a degradarse.

Vehementes vándalos los transformaron en mondas osamentas de hormigón, vejado por la implacable erosión y la violencia de las balas.

Océanos de techumbres de chapa ondulada despedían calor, haciendo oscilar, como algo líquido, la imagen de detrás. Lonas remendadas flameaban al cálido viento.

Polvaredas semejantes a inmensos cráneos rodaban como descuidados invasores por las mal trazadas calles, llenas de escoria y niños semidesnudos. Jugaban a pillar el tétanos, ignorando el drama circundante, bajo apáticas miradas paternales.

Niños semidesnudos. Mordidos por la desnutrición, las enfermedades.

Víctimas de infectos pederastas.

Estadísticas alarmantes de muerte por tétanos o rabia, por mordeduras de ratas.

Hepatitis, SIDA, cáncer, tuberculosis. Enfermedades de putas barrenaban Soguetto como un desbocado Jinete del Apocalipsis.

Esta inmensa y desoladora visión, un mar de pobreza y vandalismo, quedaba contenida por la Franja, escarpada barrera de edificios pardos, o colores deslucidos. Iban perdiendo su importancia pretérita.

La Franja ostentó, antaño, una apariencia de poder y riqueza que las Arcologías Aurora, hogar de los Purificados, le arrebataron despiadadamente. Esos fulanos lo quitaban todo así: sin compasión.

Envolvía, como un anillo protector, las centelleantes arcologías.

Despedían belleza y osadía. Algunas de sus fachadas derramaban lujuriosas cascadas de follaje. Un Niágara de verdor enloquecedor que daba rabia y enorme envidia.

Y, sobre la Torre Destino, su auténtico corazón inexpugnable de verdad,

(ya se vería)

flotaba la inmensa forma de tazón de El Monte; enjambres de minúsculas naves iban ensamblándolo poco a poco.

¡Constituía una imagen de impactante belleza! Pero también: concentraba todo nuestro odio.

Perdí la noción del tiempo admirando (sí, AJÁ) algo que los medios oficiales definían como “*El Monte Olimpo*”.

Así logró el Sol candente atraparme.

Su calor: me forzó a retroceder, buscando sombra nuevamente.

Las Arcologías Aurora, se suponía, eran la rehostia en eficacia. Su rutilante imponencia minimizaba los skylines de la Franja. Cada día se veían un poco más asediadas, inmersas, en Soguetto. Eso: sería su fin.

Al poco de venir a Soguetto me atreví a ver qué tal iba por la Franja. (¡Grave riesgo!) Paseé por calles y avenidas de un mundo antaño próspero, ahora carcomido por carestías crecientes. ¿Qué quedaba de Gucci IG? ¿Qué era de Channel IG?

Escaparates astillados y establecimientos de raída grandeza que semejaban casas de empeño ahora.

Las dependientas que una vez parecieron modelos profesionales, mujeres elegantes y bien maquilladas, habían quedado relegadas a la pilosa y campesina “mujer natural” impuesta por los nuevos tiempos sociales y políticos.

No vestían prendas de marca, sino esos feos uniformes trekkies maoístas que sepultaban sus curvas.

Y, por doquier: SOCIALISMO PRAGMÁTICO. RODERICK STE OBSERVA, DISCIPLINA Y SACRIFICIO. Tonterías en llamativas consignas relámpago, notiflash y pósteres parlantes ocupaban grandes fachadas.

Polis armados hasta los dientes verificaban que el coco del personal estuviese con el dial clavado en la Correcta Ortodoxia. Todo lo demás: *crimental*. Crimen Mental. Patrullas de HomeCorp IG protegiéndolos desde el aire, o tierra, en arrolladores artefactos de combate. Y, gravitando sobre todo, ¡el Monte!

De nuevo perdí el sentido del tiempo mirando su base, llena de esquinados dédalos sombríos, las nubes de naves que aportaban materiales a la fastuosa obra.

Eran tan sofisticadas, comparadas con los helicópteros Trueno Azul de los polis.

Aun las unidades aéreas de represión de HomeCorp IG...

Regresé a Soguetto, donde quedaban relentes de libertad.

Hubo una vez lugares llamados “Las Barricadas”. Mandaban a vivir a los ‘indeseables’ allí. Un ‘indeseable’ no era forzosamente un criminal, o cualquier tipo de depravado. Alguien digno del apelativo.

Tener tendencia a la obesidad te volvía ‘indeseable’. O, como un caso que conocí íntimamente: ser hija de una mujer violada.

El Gobierno, “asesorado” por los Purificados, consideraba que el potente gen de la agresividad que esa mujer portaba podía ser transmitido a sus hijos, y éstos ser la siguiente generación de violadores.

Aún quedaban rescoldos de moral y libertad y esa mujer no fue esterilizada antes de ser deportada (es la palabra) a Las Barricadas.

El elevado índice de criminalidad de la zona hacía el trabajo sucio que detestaban realizar los Probetas.

Al año siguiente del ejemplo que cito, se desplomó la ONU. Apenas valía ya nada a comienzos del siglo. El Gobierno del PragmaSoc chino hizo entonces lo que le dio la gana... eugenésicamente “asesorado” por los Purificados y su IA invulnerable.

FUERZA.

Todo estaba conectado vital y globalmente a FUERZA. Para algo era la IA total.

Por lo tanto, desobedecer al PragmaSoc constituía perder los privilegios que otorgaba FUERZA (medicina, tecnología, asesoramiento económico...). Las oportunidades de una vida mejor preconfiguradas por la Pax G.

Las Barricadas tenían un sistema social de cobertura, pese a todo; cierto sistema sanitario, legal y policial luchaba por mantener la coherencia en el lugar.

Al hundirse la ONU, todo acabó de golpe.

Las Barricadas: ¡colapsaron! En pocas semanas.

El salvajismo se apoderó de sus calles. La degradación, de toda índole, galopa deprisa en situaciones así. Podéis creerme.

¡Soy testigo privilegiado!

Las Barricadas fenecieron en un vendaval de pillaje y brutalidad tribal. Entre tormentas de miedo. Dejaron de recibir agua, luz,

medicamentos... La poli se transformó en organizaciones mafiosas, o de sicarios.

Dividieron Las Barricadas en feudos.

Soguetto nació así. También entre gritos, sangre y dolor.

Era lo que perseguía el PragmaSoc.

Que nos matáramos mutuamente. Ahorrábamos tarea a sus ninjas de HomeCorp IG, su brazo armado.

Al principio, a bordo de sus Skyhighs de diseño de cómic o película de ciencia ficción cojonuda, planeaban sobre Soguetto. Tiraban al blanco.

En Soguetto había lanzacohetes de FRENTE (ese gran GRAN ejército sustituto de la OTAN fogueado en la Guerra de las Dunas). Transformaban las puñeteras naves en bolas de llamas y tirabuzones de escombros humeantes.

Soy cauteloso con las leyendas urbanas sobre canibalismo practicado con los chamuscados mercenarios de los Skyhighs derribados.

Pero... Soguetto tiene un Reverso Muy Tenebroso...

¿Te gusta mi mundo? Es la antesala. El umbral. Aún puede empeorar.

Tengo hoy catorce años. Y recuerdo cuando la policía mató a mis padres.

Cópiatelo: soy el adolescente más listo del ancho mundo.

Me delaté accidentalmente cuando, en primaria, demostré qué errores contiene la Ley de la Relatividad.

Lo sé, lo sé. Es "Teoría". Pero el PragmaSoc la ha declarado "ley", lo cual impide violar la velocidad de la luz.

Los Purificados de inmediato me codiciaron. Porque alguien como yo, además de valioso, era una ofensa.

¡Había nacido de personas normales, en Las Barricadas!

Mi lugar estaba en una Torre D, situada en cualquier Arcología Aurora. Recibiría una educación sectaria Purificada que ayudaría a exterminar a mis semejantes desde otra Torre D, ubicada en El Monte.

Ya FUERZA había iniciado la terraformación de Marte con notable éxito. La Luna producía pingües beneficios a las Corporaciones asiáticas afectas al PragmaSoc.

El Sol golpeó de lleno las Arcologías Aurora. Su cegador destello me obligó a buscar mis chulas Ray-Ban IG mod. John Connor. Ya no las fabricaban.

Eran tope valiosas, por tanto.

La luz ardiente despedida por las Arcologías recorrió los skylines de la Franja. Asoló como otro sol Soguetto, donde moríamos, según estaba proyectado por algo llamado *Protocolo Once*.

Fueron primero los lugares llamados “*Pabellones Protocolo Once*”.

Fábricas de eutanasia incesante.

Empezaron a aplicarlo a yonquis, sidosos y enfermos de cáncer. También a gente con sífilis y enfermedades venéreas. Luego incluyeron, en el Protocolo Pabellón Once, a ancianos de más de ochenta años. Lo bajaron pronto a los setenta y cinco.

La ONU prohibió (creo que fue su último acto dotado de alguna fuerza y decencia, su canto del cisne) al PragmaSoc introducir por la fuerza a los ancianos en los Pabellones. Pero sí permitió convencerlos para que, voluntariamente, aceptasen ingresar allí.

El motivo para aplicarles el Protocolo Once era que su vejez gastaba considerables recursos que podían emplearse mejor edificando el fantástico futuro sectario planificado por los Purificados, con ayuda del PragmaSoc, y vendido a Occidente por Roderick Shoemaker, el Gran Igualador.

Los clones (lo eran) que el PragmaSoc mandó a las casas de los ancianos, los yonquis, los enfermos crónicos, eran tope persuasivos. Hipnótico. Convincentes.

Mis abuelos fueron víctimas suyas.

Apenas son una tenue nube en el vasto firmamento de mi memoria. Pero sé que, un día, no volví a verlos. Habían recibido una cortés Invitación. Era el aviso previo, lo que anunciaba que los Visitantes, esos clones tan persuasivos, estaban de camino.

Su fin: cuestión de días.

Actualmente no existían esos Pabellones.

Eran innecesarios. Nos mataban descaradamente. En medio de la calle.

Se amparaban en el Protocolo de Seguridad Patriótica.

¿Tienes piercings? ¿Tattos? ¿Vistes punk? ¿Oyes pop-rock? ¡Bang-bang! Terroristas atrapados en la comisión de un atentado. Solía constar en el informe.

A las malas bestias de HomeCorp IG les bastaba esa justificación.

El PragmaSoc inventaba tantas coartadas y pretextos como hiciesen falta.

Aunque ya nadie lo criticaba. Ni protestaba. Desapareció la prensa libre, la oposición política.

Amnistía Internacional era una filial del PragmaSoc. Decretó que el fin del mundo estaba ubicado donde empezaba Soguetto. Más allá lo habitaban aberraciones monstruosas. No merecían piedad.

Si te etiquetaban carne de Soguetto, estabas frito.

Como si aquí no tuviésemos problemas de sobra.

Oí disparos. Lejanos. Atenuados por la distancia.

Guerras de bandas. Suicidios tribales. Luchas por poseer una mal delineada calleja hedionda. ¿Importaba la causa?

Bestias territoriales haciendo nuestro mejor trabajo: putearnos mutuamente.

Bajo la fría mirada y desdeñosa sonrisa de un Probeta achinado de una Torre D, refrigerada, estéril, semiautomática A TOPE.

Dábamos pretexto para aplicarnos el Protocolo Once.

A mi lado: se aventuró a venir mi gato siamés.

Dama de Picas estaba en marcha, por tanto.

También se levantaba tarde últimamente.

Entré en la casa. El Sol anegaba de calor luminoso el pequeño patio anterior. Urgía buscar frescor. Las indómitas polvaredas: se adueñaron de la calle.

Importaban vaharadas de pestilencia de Soguetto. A neumático quemado. A basura apilada. Cuerpos insepultos.

Mi gato no tardó un instante en encontrar, dentro del hogar, un lugar confortable donde reposar.

Teníamos un puñado de comodidades robadas. Una era la TV de metacril. Dama rastreaba un programa de su interés.

Todo era mierda de Propaganda. Cosas de Imelditas fanáticas. El kit de autoaborto para adolescentes. El Camarada Kim Ho Ming recibido por el untuoso Purificado Parsons.

Los culebrones parecían fabricados por alguien directamente sacado del 1984 de George Orwell (libro prohibido. Su tenencia: veinte años de trabajos forzados.) Todo era el Gran Roderick S esto, el Gran Roderick S aquello. El Gran Roderick S Te Observa. Y Se Consterna Si Desobedeces Al Partido. Odia el crimental.

¿Quieres romper el corazón al gran Roderick S?

Escolares de Tulsa, todos vestidos con ese mono maoísta trekkie, alineados ante la hoguera. Quemaban libros de *Peter Pan* (por machista), de Enyd Blyton, cuentos de *Tyger* o *Winnie The Poob*. Por imperialistas yanquis.

Aplaudían cuando sonaba un silbato. Lamentable manipulación mental.

Dama de Picas: siguió flotando, libre, por una parrilla televisiva politizada.

—Pon algo —propuse—. Una serie. Algo grabado.

—Felicidades. Catorce años hoy, ¿no?

—Ajá. Sí.

Sentada en el sofá: no manifestaba su gran glamour. Oh, seguía siendo hermosa. Cuando quería, rebosaba donaire. Sadismo controlado y elegante. Pero ese chándal y la abatida postura... engañaban.

El frasco. En sus manos.

Le impedía, ya había observado, recorrer el entramado de tenues cicatrices que contoneaban el ojo izquierdo, perdido cinco semanas (en globo)

antes. Agitó el frasco. El gato atendió. Ella abrió el bote.

Quedaban tres Pastillas Potentes.

Las miró. Un rápido y vago dibujo de angustia y desesperación la enmascaró.

—Encontraré más —afirmé, apiadado.

—¿Dónde? ¿A qué precio? —Volvió las Pastillas Potentes al frasco—. Aguantaré.

—¿Seguro?

—Como hay muerte e impuestos, chaval. —Sonrió con sombría alegría—. Además, empiezo a tomar demasiadas mierdas de éstas. Embotan los reflejos.

—Sacrificio y disciplina, ¿no? —La máxima consigna del PragmaSoc.

—Algo así.

—Conseguiré más. Pronto. Prometido.

Dama me miró. A mi espalda estaba la ventana enrejada. La luz solar me contornearía, dándome un relieve más adusto del habitual. Seguía pareciendo el John Connor adolescente de *Terminator 2*, aunque...

...nuevas pérdidas vencían mis hombros.

Dama se rindió al encanto de hada de la absenta que contenían las Pastillas Potentes, de amplio espectro antibiótico y analgésico. Mas sólo ingirió una.

Montreal. Habíamos cruzado Estados Unidos en un salvaje y vertiginoso zigzag. Partimos de Buen Rey, en Tejas, huyendo de HomeCorp IG.

Estados Unidos: colapsando a velocidad luz. Una nación convulsa y astillada. En plena segunda guerra civil atenuada. Estados pro-chinos contra Estados capitalistas.

Pensamos (aturdidos, creo, por miedo a ser apresados) que jamás esperarían que iríamos al Norte. A través de Norteamérica. Pasando líneas fronterizas dominadas por HomeCorp IG y sus sicarios policiales.

Mejor volvíamos a zambullirnos en Centroamérica. Entre los Barones de la Coca, o sitios así.

Canadá era definitivamente un suicidio.

Allí fuimos. Con el corazón en la boca. Durmiendo en destartaladas granjas abandonadas. En bosques. Con el ladrido de los perros comecojones en los oídos.

Marchamos donde la lógica dictaba que no iríamos.

Habían pillado a un cliente de Dama de Picas. Lo exprimieron hasta que delató nuestra situación, en el apartado rancho tejano, a las afueras de Buen Rey.

Al Norte. Allá jamás creerán que nos atreveríamos a desplazarnos.

Era el lema que repetía Dama de Picas. Su fe en que funcionaría la motorizaba. Y tiraba de Bujías y de mí, por pastizales donde buscábamos abrigo, cobijo, comida.

Las técnicas de supervivencia que tanto Dama de Picas, como Bujías, habían aprendido en FRENTE (eran veteranos de la Guerra de las Dunas), nos sirvieron para capear el temporal de entonces de puta madre magistral. Ya te digo.

En Montreal encontramos refugio. Inesperadamente. No pensábamos quedarnos, sin embargo.

—Necesitamos un billete para Australia —decidió Dama de Picas—. A currárselo.

Bujías y yo: Masters del Universo de los hackers y crackers. Fabricamos nuevas identidades. Buscamos pasajes a

(la India)

Australia. Encontramos hueco en River Broke. Optativamente, a Darwin. Cautos con Sydney y Melbourne.

¡Tenía unas ganas bárbaras de visitar Broken Hill, las carreteras donde rodaron *The road warrior!*

El sueño de mi vida, ¡posible!

Visitamos las calles recorridas por la Bendita Bianca Beauchamp (¡aclamad a la diosa!) y ahora, ¡conocería el mítico páramo!

Montreal. Estuvo bien dos, tres días. Perfeccioné mi francés. Lo aprendí por el camino. Un poco: a trompicones.

Al cuarto día, en la esquina del Ogilvy IG, ¡tiros!

¡Hostia! ¡Pedazos de carne! ¡Sangre! ¡Sobre mí! Una barrena de trozos de ladrillo y cemento me pegó de lleno. Llevaban esquirlas de balas nitroexplosiva. ¡La pasma, el enemigo!

Pegaron tan fuerte: que pensé agujerearon mi pellejo.

Tiraban desde una furgona negra modelo Edgar Hoover camuflada de UPS IG. Mercenarios de Edmonton, contratados por HomeCorp IG, resultaron ser.

¿Lo mejor? No iban a por nosotros. Sino por independentistas de la Provincia de Quebec. Quería separarse de lo que definían como “la Columbia Británica”.

Fuimos daños colaterales. Flípallo.

Junto con catorce peatones más.

Helado por la casquería y los fragmentos que seguían lloviéndome, no oí su grito. Pero sí sentí su tirón.

Me sacaba de la zona cero de elevada mortandad. A tropezones: entramos en un callejón. Nos refugiamos detrás de unos contenedores atestados de basura.

El macabro zumbido de unos subfusiles BRB de 10mm. FRT aún poblaba el aire. Junto a alaridos e imprecaciones.

—¡Dama! ¡DAMA! ¿Qué coñ...?

¡Estaba herida! El lado izquierdo de su cara: ¡arruinado por la sangre y el humor vítreo del ojo! Estaba al límite.

¡Consumió toda su fuerza intentando salvar mi vida!

—Te sacaré de ésta. ¡Lo juro!

Eran: fuertes palabras para este adolescente.

La cargué. Con todas mis fuerzas. Buscando lo imposible: ¡ayuda!

No era que no quisieran auxiliarnos. Sucedió que hacerlo los condenaba también. Dama de Picas susurraba:

—Nada de hospitales. Nada de hospitales. ¡Demasiadas preguntas!

Como si lo ignorara.

Bujías quedó tendido en la acera. Con catorce boquetes en el pecho y tripas. Cuando las autoridades lo identificaron, nos relacionaron con los independentistas.

Las fuerzas canadienses cayeron sobre ellos efectuando una batida bestial, tratando de pescarnos.

¡Habíamos viajado allá a diseñar una oleada de atentados que desestabilizarían mortalmente el PragmaSoc local!

La Provincia de Quebec se convirtió en el Soguetto canadiense. Hasta, al menos, el momento en que nos capturasen.

Bah. Fuimos la excusa que querían para hacerlo. Habría ocurrido igualmente. Por otra causa. Días después.

O así lo afirmó el independentista que se atrevió a ayudarnos, llevándonos a la ciudad de Celine Dion.

Cobró una pasta, no lo dudes.

En KS y programas pirata que empleé con saña especial para barrenar al PragmaSoc canadiense instalado en Winnipeg, los días que tomó la recuperación de Dama de Picas.

El independentista: Jean Claude Vernier. Se tiraba el rentoy de afirmar ser lejanísimo descendiente de Jules Verne. Como diga. Mi

estirpe es de los John Wayne de toda la vida de Dios. ¿Será por antepasados? Propuso:

—Quedaos aquí. El país es grande y aún tiene lugares donde esconderse.

—No existirán si continuamos aquí —lúcida afirmó Dama—. Están trasladando mercs de HomeCorp IG desde Estados Unidos. Pronto os harán picadillo.

—Algún día debía ser. —Vernier alzó, temerario, los hombros. No era mal tío. Pero a veces se pasaba de chulo. Aquella vez, por ejemplo.

—Que tarde en llegar, ¿no? —indicué.

—Bien. Entonces, ¿a dónde iréis?

—Aquí. —Ni de atar le diríamos que a Broken Hill. Estaba señalándole el póster donde aparecía, como un afiche de *Distrito 9*, las Arcologías Aurora y el Monte, en plena construcción.

—¿A su capital? —Vernier pestañeó perplejo.

—Nunca esperaron que viniéramos a Canadá —entendió Dama de Picas, reflexiva—. ¿Iban a buscarnos ahí?

—Siempre que paséis inadvertidos. Y no creo que lo consigáis. Lo que este chico lleva en la sangre quiere exhibirse —afirmó Vernier, negando con la cabeza—. Y, eso, si lográis llegar allí.

—Déjanos el llegar a nosotros —precisé—. Lo otro... ya veré cómo lo controlo.

Vernier sonrió con desdeñosa condescendencia ante mi temeridad.

Nos miró considerándonos fiambres anticipados.

II LAWRENCE DE SOGUETTO

Otra larga odisea de líneas quebradas por el mapamundi antes de llegar a Soguetto. Aventuras y muertos por el camino. Hambre, sed. Fiebre. Oímos disparates feministas impúdicos proclamados por las hembristas seguidoras de Imelda Gemio, la líder del aborto anticonceptivo adolescente: a montones.

Llegamos a Soguetto como otros miles de inmigrantes. Esperaban tener curro de ilegales en la Franja. Los de la Franja: ansiaban un trabajo en las Arcologías Aurora.

Cada mañana venían desvencijados camiones buscando currantes que madrugaban mucho para poder trabajar en los empleos de infracategoría de la Franja. Faena para una semana, con suerte.

Quiero precisar algo: no estoy refiriéndome a una zona urbana de notable tamaño. Describo una “población” del tamaño casi de un país como España.

En su centro estaban las Arcologías Aurora (sobre una comarca de considerable extensión). Las cernía la Franja: varias regiones en sí.

Luego, el vertedero de Soguetto. El resto del país.

Suena loco. Lo sé. Pero el ancho mundo es muy raro desde que terminó la Guerra de las Dumas y el PragmaSoc se adueñó de todo, gracias a la HI/TECH de los Probetas (nuestro coloquialismo para los Purificados) y la demagogia de Roderick S.

En un mundo decente, habrían lapidado a esos engendros de laboratorio apenas dijeron la primera sandez. Y ésta fue: que en el mundo tutelado por la eugenesia Probeta, llamado Pax GATTACA (vegana, asexuada, templada emocionalmente), no podían residir determinada clase de ciudadanos.

Bosquejaban un genocidio abiertamente, planificándolo con prolijo cuidado.

A Roderick S y los chinos: no les inquietó. Les dieron cuanto cuartel quisieron.

Hasta el infinito, y más allá.

Los intoxicaron. O embujaron. Yo qué sé. Y la gente, que no quería problemas, claudicó. Sin más. Luego, fue tarde para protestar. Perdieron ese derecho.

Probetas. Cuanto sé de ellos es que soy su víctima.

Cuán arduamente pretenden capturarme. Tanto para explotar mi inteligencia como para matarme debido a ella.

Dama de Picas: apagó la TV. La hartó oír a Karen Aurora (una grabación, mejor) instruir cómo amar mejor al PragmaSoc y al Gran Roderick S.

Cómo delatar a los padres a la pasma, el enemigo.

Dejé mi calibre de 10mm. FRT en la mesa. El gato lo husmeó. No voy ni al baño desarmado. Palabra. La pequeña navaja, mi extraño amuleto de la suerte, también me acompaña.

Ella: masajé el lado de su cara estriado por las pálidas cicatrices que manaban de debajo del parche.

—Todo nos ha ido mal desde que matamos a aquella muchacha —reconoció con voz indefinible.

—Cierto. —Me senté a horcajadas en una silla, el respaldo hacia Dama—. Te dije que existían modos de joder la Pax PragmaSoc sin tener que sacrificarla.

—Era una buena oportunidad —me miró—. Podíamos herir de muerte al PragmaSoc usando aquel clip *smuff*. El horror que concitaría haría levantarse al mundo en su contra. Sería la gota que colmaba el vaso de sus abusos.

—No pasó nada de eso, Dama. Lo ahogaron en Propaganda. Pusieron a FUERZA a trabajar como nunca. Sondeó trillones de computadoras. En horas, expurgó todo byte de ese clip.

»Y la gente ¿de veras la ves por la movilización? ¿Pidiendo democracia real ya? —cloqueé. Indiqué con vago gesto afuera—. Es eso, y no sucede nada. Ningún Soguetto del mundo ofende a nadie. Todos andan demasiado ocupados evitando acabar aquí.

—Es cierto —Dama lamentó.

Dama de Picas, Bujías y muchos otros estaban en una movida llamada “Los Últimos Cowboys”. Eran unos terroristas muy raros. Atiborrados de *westerns* e ideas dignas de Camelot, se oponían al PragmaSoc y la Pax G. Al PragmaSoc lo llamaban “Imperio de los Limones”.

Los Últimos Cowboys no eran declarados criminales. Bueno, una siniestra facción de ellos ponía las bombas y todo eso. Cierto. Sin embargo, como toda fuerza de oposición, basada en ideales románticos, fueron sucumbiendo bajo la pragmática fuerza de un Gobierno racista y autoritario. Organizado competentemente y equipado de puta madre magistral, los arrolló sin excesivos problemas.

Bastante de ese combativo ánimo latía aún bajo las costillas de Dama.

Empero proyectaba cosas que no casaban, para nada, con la realidad.

Y, últimamente, lo que Dama más temía era que emplease mi genio para convertirme en un supervillano genocida, incapaz de discriminar bandos. Carente de toda ética y moral.

Ese miedo: presente en su única pupila. Enfocándome.

—Sigues reprochándomelo. Eres incapaz de perdonármelo —entonó... otra vez.

—Sí —admití—. Porque había opciones. Porque fue un sacrificio innecesario. Porque pervertiste todas tus creencias —y la llamé por su nombre auténtico—. Vendiste tu dignidad y tu humanidad. Cosas que jamás debía perder, me enseñaste siempre.

—Tienes razón. Quizás... me desesperé. —Estudió la umbría y pobre sala de estar, los tabiques agrietados de color deslucido—. La lucha no avanzaba. Nos exterminan impunemente... Quería dar el golpe de gracia al tirano limón y su perro faldero rojo.

—A costa de sangre inocente —abandoné la silla. Prepararía café. El lujo que aún podíamos permitirnos—. Eso te reprocho esencialmente. Y, un poco... no tener fe en mi alternativa —añadí.

—No entiendo tu mente. Cómo configuras tus creencias. En base a qué parámenos nos juzga un genio.

—¿Y si no os juzgo? —la enfoqué—. ¿Sólo os compadezco?

—No —rechazó—. No me engañas. He visto tu cara cuando matas. Hay crueldad en tu expresión.

He matado gente. Aún poca. En dos ocasiones: disfruté.

No sádico. Nada sexual. Era... Inexplicable.

Recuperó el mando a distancia. Nuevo surfeo por la programación habitual de un Gobierno totalitario que controlaba absolutamente los medios de comunicación, atrofiando la información. Quizás pensó: Si la apago un rato, podría mejorar.

El café pronto emitió delicioso aroma. Lo preparé y serví. Dama fue ligeramente renuente a tomarlo. ¿Pensaba iba a envenenarla?

—¿Cuándo diseñarás el tratamiento que regenerará mi ojo?

—¿Tengo tiempo? —Me senté junto a ella—. Recuerda cuánto me llevó diseñar el que curó el cáncer al gato.

»Y tenía medios. —Mi mano barrió el salón, los muebles avejentados y de cuarta mano, al menos—. ¿Los ves aquí, quizás?

—No puedo darte nada mejor... por ahora.

—Ni te lo pido. Quiero obtenerlos yo.

—¿Qué te propones, viniendo aquí? —Paladeó el café en una taza personalizada: LA MEJOR DÓMINA DEL MUNDO. La deleitó su sabor. Era civilizado.

—FUERZA está aquí.

—...¿pretendes hackearla? —¿Le asustaba mi plan?

—Talmente.

—Eres un hacker soberbio. Pero FUERZA es demasiado aún para ti.

—El tiempo pasa, Dama. No pongas esa cara, entre el miedo y el escepticismo. Forma un arco de desprecio, ¿sabes?

Ciertamente. La hacía: odiosa.

Mis palabras lograron golpearla en lo más vivo, causándole una buena barrena de consternación.

—Temo que me odies —declaró entonces—. Por eso no diseñas un tratamiento que restaure mi ojo. ¡Sé que puedes hacerlo! Me castigas por lo de Crepúsculo. ¡Por cómo hubo que sacrificarla!

—No te odio —afirmé afable—. Te quiero. Profundamente. Me has amado como una madre. Me has cuidado y protegido con grandes desvelos. Pero no puedo hacer milagros. Sacar material de la nada.

Para confirmar mis sentimientos: el gato saltó a su regazo, como heraldo de mi cariño. Se acurrucó allí, ronroneando a continuación. Seguro. Confiado.

Dama: lo acarició. Sonrió ligeramente confortada.

Ruido afuera. Motor trucado. Ruedas que asustan a las cacatúas: frenando.

Puertas cerrándose.

La tensión se adueñó de ambos. De inmediato empuñamos las armas, pensando que consumíamos nuestros últimos minutos. Y, aun así:

—El gato —indiqué—. Jamás debe quedarse atrás.

—Lo sé.

El animal: captó nuestra repentina tensión. La trasuntó en su cuerpo. Temí que cualquier gesto brusco de nuestra parte lo hiciera huir. ¡Eso complicaría un huevo nuestra fuga!

Pero: no podía quedar atrás. Abandonado. Solo.

Jamás.

Me pregunté qué tipo de equipo HI/TECH podrían estar empleando para fisgarnos a través de las paredes. Y lamenté no tener instaladas contramedidas adecuadas; miré, maldiciendo, los agrietados tabiques.

Claro que sí. Contramedidas. ¿De dónde ibas a sacarlas?

Aguardamos expectantes la cerrada barrena de munición perforadora y metralla combinada que nos transformara en harapos de carne ensangrentada.

Toc-toc. En la puerta. Repitieron: toc-toc.

Intercambiamos una mirada que no podría definir. El gato en mi brazo izquierdo: husmeaba.

¡Dita SEA! No disponer ni de un escáner termográfico para ver quién tocaba en la puerta...

—Cúbreme.

—¡No! —acotó Dama, enderezándose—. Iré yo.

Esa energía suya que imponía y la hacía famosa en las webs warras S/M: imperaba en su rostro, focalizada en su único ojo.

Hasta yo la temía cuando emergía esa fuerza.

Caminó hasta la entrada cubierta por mi calibre Commander. Mantenía contra mi pecho al siamés. El animal estaba frenético.

Captaba la anomalía del momento. Hundía sus garras en mis pectorales. Desgarraba mi camiseta de *Public Enemy*.

Pero: no bastaba para soltarlo.

Drama ante la puerta: igual AHORA tronaban los WAC y terminaban con Dama de Picas, antes que con nosotros. Bendita Bianca: evítalo, imploré pagano.

En Sogueto empezaba a nacer una nueva “religión”: el culto a los Dioses del Rock y la Pantalla. La Pax PragmaSoc había prohibido las fes convencionales (budismo, cristianismo, judaísmo), originando las Persecuciones Religiosas.

Como esclavos del miedo, necesitábamos de la existencia de un Poder Superior/Supremo al que enfocar nuestras esperanzas, dirigir plegarias y aguardar mercedes. Destinar: las graves cuestiones existenciales.

En efecto: estaba convertido a esta ‘fe’.

Ayudaba a propagarla, como buen acólito.

Toc-toc. Ella: aún me miró un momento antes de abrir. Como si así dijese adiós.

La cadena de la puerta permitía una angosta abertura. Por esa línea penetró la luz del sol, fuerte como el fulgor de un sable láser.

—Buenas tardes. Espero no molestar.

—Hola, Lawrence. No. Estábamos planeando qué hacer hoy.

—Dama no abrió del todo. Mantuvo su esbelto cuerpo bloqueando la franja de claridad—. Vienes bien acompañado —observó.

—Ya ves. Negocios. Espero no haberos asustado. —Una breve risa—. Debimos poneros un vídeo antes... Lo lamento si os asustamos. —Pausa—. ¿Puedo... podemos pasar? —pidió.

—Espera un momento —aun Dama dudó.

Pero permitió el paso a Lawrence, una vez sacó la cadena de la puerta (endeble obstáculo contra la arremetida de HomeCorp IG o la pasma, el enemigo).

Antes, ella volvió a enfocarme. Y no logré descifrar bien su mirada, salvo que deduje ODIABA a este tocapelotas, por el mal trago pasado.

También que: Desconfía. La trampa aún existe. Puede asumir aspecto amigable.

Ocurría que no teníamos amigos. Eran un lujo cargado de dolor.

Terry “Teniente” Lawrence: el Billy Idol de Sogueto. Joven, atractivo, otro vet de las Dunas. Descartado por la Pax G, lo enclaustraron en todo estos kais de chabolas y desesperación. Comandaba la Pequeña Fuerza Humanitaria, en plan Robin Hood. A su modo, procuraba aliviar la penuria de Sogueto.

Terry Lawrence. Ese podía ser su nick, no su nombre real.

Apúntatelo: aquí todos tirábamos de alias. En plan superhéroes o supervillanos. Eran nuestras máscaras.

Venía acompañado por los Hermanos Fátima, cabecillas de un clan que no eran tan humanitarios. Afuera permanecieron sus torpedos, gente con tatuajes no cinéticos, rastas y viejos AK 74 modificados para ser muy letales, fuerte oposición a los WAC de HomeCorp IG.

—¿Café? —Dama ofreció.

—Claro. Gracias. —Lawrence ocupó una silla. Los Hermanos Fátima: mantuvieron una descuidada pose en pie, escudriñando nuestra guarida provisional. (Todo en nuestra vida lo era.)—. ¿Qué tal, Gabriel?

—Tirando, Terry. —Ese era mi nuevo nick. Disgustaba a Dama. Ignoro por qué.

—No se ven ya demasiados animales como este por aquí. —Lawrence señalaba al siamés—. Hasta en la Franja cuesta encontrarlos.

—Han extendido el Protocolo Pabellón Once a los animales, ya sabes. —Dama sirvió el delicioso café—. Sólo los que los Probetas han “purificado” en sus laboratorios de ingenética tienen derecho a vivir. Hipoalergénicos y cosas así.

»Los nacidos fuera de su estéril mundo... están todos condenados.

—Eso cambiará —afirmó Lawrence.

—Cuesta cada día más creer eso —Dama apreció cítrica. Se sentó ante Lawrence. Me instalé en el sofá, con el siamés en el regazo. Ronroneaba en pago a mis caricias. Ambos: lo observábamos todo—. De acuerdo, Terry. Gracias por la visita social. Pero ¿qué os trae por aquí?

—Siempre directa, ¿eh, Dama?

—*Tempus fugit*, Terry. No pienso malgastarlo en gilipolleces.

—Entonces, al lío —acordó Lawrence—. Nos traen negocios.

—¿Un idealista, con negocios?

—Ya ves. Todos tenemos que sacrificar algo si queremos ver nuestros sueños materializados. —Lawrence aprobó el sabor del café vertido en su taza—. Sois leyenda urbana y necesitamos su ayuda. —Me señaló—. Aquí no habéis venido por gusto, ¿me equivoco? —Callamos. Prosiguió—:

»Todavía no os habéis implicado del todo/completamente en la lucha, pero... no. Aquí no estáis por las vistas. —Terry Lawrence: redundante—. Algo tramáis.

»Y... si podemos contribuir... ¡de puta madre magistral!, ¿no? A cambio...

Calló. Dedicó una mirada peculiar a Dama por encima del curvo borde de su raza que parcialmente enmascaraba a Lawrence. Intervine:

—¿Qué propones, concretamente? —con voz más madura de la que esperaban.

—Asaltar un convoy médico que saldrá de la Franja y distribuir su carga aquí.

—Muy ambicioso —indicó Dama de Picas.

—Por no decir peligroso —destaqué.

—Y humanitario —atajó Lawrence.

—¿También ellos lo hacen por... la lucha?

—Algo parecido, Dama —destacó uno de los Hermanos Fátima.

—Sacrificar mis principios es el precio a pagar por su ayuda —abundó Lawrence con vago disgusto—. Se llevan una parte. Por vuestra cooperación, otra. Proporcional. —Esto desagradaba a los Hermanos Fátima. Pero: debían tragar—. Podéis venderla en la Franja, o intercambiarla por equipo. Como veáis.

»Hay cantidad de ingeniería SLO circulando por los Barrios del Oeste, ¿sabéis? Procedente de Taiwán.

—Pensaba que esos programas que os permiten tener agua y electricidad nos hacían más fácil la vida aquí —recordó Dama.

—Y os estamos tan agradecidos como procuramos protegeros y cuidamos —destacó el otro Hermano Fátima—. Por su calidad, es

que acudimos a vosotros. Sólo el mejor podría diseñarlos. Eso es de respetar.

No fui insensible al halago. Alimentó mi vanidad.

Dama hizo un leve mohín de disgusto. Lo veía bombón envenenado.

—¿Qué queréis que haga?

—Anular la protección computarizada —detalló Lawrence—. Inhibir las transmisiones. Confundir sus códigos y acceder a los passwords de los trailers blindados. O sea: que seas hacker y cracker.

—Habrá tiros —apreció Dama.

—Inevitablemente. Pero lo mantendremos bien lejos del peligro, Dama. Palabra.

—¿Será cerca de la Franja?

—Por las carreteras que delimitan Soguetto —aclaró uno de los Hermanos Fátima a Dama de Picas.

—Al lado de HomeCorp IG y la pasma, quieres decir —describió ella con acritud.

—Es el mejor punto. Lo lamento.

—Hagámoslo —propuse—. Necesitamos cosas. Esa parte puede comprárnoslas.

—Os hacemos una buena oferta por vuestra parte —ofreció el otro Hermano Fátima—. ¿Qué tal?

—Ya veremos... —acotó Dama—. ¿Cuándo será?

—Hoy. En unas horas. Veníamos a buscaros antes para que se familiarice con el equipo y haga su vudú, ya me entiendes.

Habilitar programas que permitían tener electricidad y agua corriente en Soguetto: les pareció una forma nueva de hechicería. Antes, les fue imposible hacerlo.

Eso volvía a Lawrence: más audaz en sus planteamientos ofensivos.

Hasta entonces obtenía puñados de medicamentos no muy eficaces.

Placebos, casi siempre. Ahora, con mi ayuda, codiciaba Medicina Buena y de Verdad para abastecer ese Hospital a este lado de Soguetto.

La leyenda urbana contaba que tomaba esta deriva humanitaria porque su hermana murió incapaz de acceder a esos remedios que sí

tenían aún en la Franja. La enfermedad cambiaba según el relator: tétanos, rabia, tuberculosis... algo así.

Siendo Descartada: no tenía derecho a médico ni medicamentos.

En resumen: algo que podía curarse antes de la Pax PragmaSoc fácilmente, ahora, en aplicación del Protocolo Once, era causa de muerte segura. Aquí, al menos.

Recordé: nivel de Pastillas Potentes: cero. Gentuza como los Hermanos Fátima: sangrarían a Dama por llenarle el frasco. Negocié:

—Trato hecho. Pero quiero elegir de todo el lote nuestra parte. Y me quedo la ingeniería SLO que logremos robar. Necesito material para empezar a trabajar.

—Bien. —Lawrence antes lo consultó, de un vistazo, con los Hermanos Fátima. Parecieron conformes—. ¿En qué piensas trabajar?

—En dispositivos virtuales que ayuden en la lucha, ¿vale?

Lawrence: esgrimí una sonrisa salvaje.

—Vamos, pues. —Dama se levantó—. Aguardad mientras me cambio.

—Quédate aquí cuidando al gato, ¿no?

—Ni hablar —zanjó—. Alguien debe protegerte.

—Preferiría que...

—No.

Fue como si me azotase con la fusta. Lo hizo: una vez. Preventivamente, indicó. Para que supiese a qué me exponía si la cabreaba alguna vez demasiado. Su voz: podía ser así de fustigante.

Lawrence, los Hermanos Fátima y yo cruzamos la mirada. Ninguno quería tentar su enojo, reconocíamos en ese gesto.

El gato: maulló. Siguió a Dama a su dormitorio (fragante y agradable pese a la ruina presente en los tabiques). Aguardamos pacientemente.